

CHESTERTON Y SHAW

Celia Velasco Blanco

En la vida inglesa, las figuras de Gilbert K. Chesterton y Bernard Shaw, tan antagónicas en lo intelectual como en lo físico, fueron perpetuo y brillante desafío para el pensamiento de toda la primera mitad de nuestro siglo. En la época inicial, la del plácido aburguesamiento, ellos agitaron ante sus contemporáneos el cascabeleo de su humorismo filoso, de la paradoja reveladora, del interrogante que se clavaba certero en el punto débil del organismo social. Despertaron odios, provocaron burlas, fueron incomprendidos, porque las preguntas sociológicas que planteaban eran idénticas, aunque la respuesta de Shaw fuese diametralmente opuesta a la solución de Chesterton.

“Pero en una cosa, sin embargo, estaban de acuerdo —dice M. Ward—: en que las clases superiores de Inglaterra era necesario recordarles, aunque fuese mediante una serie de terremotos, que estaban viviendo en un mundo irreal. Habían olvidado al género humano, al cual pertenecían. Ellos, sector minúsculo, llamaban a la gran masa de la humanidad “los pobres” o “las clases inferiores” como si hablasen de las bestias de la selva, como de seres de otra estirpe... Shaw y Chesterton habían descubierto (a fines del siglo XIX) el problema social”.

Y cuando, después de la guerra del 14, el problema surgió con tremenda potencia y ya no hubo manera de cerrar los ojos a la luz, ambos expusieron sus soluciones. Shaw sostenía que los abusos del capitalismo habían sido tales que el único remedio consistía en la abolición de la propiedad: respuesta socialista. Chesterton afirmaba que los abusos del capitalismo habían sido tales, que el único remedio consistía en una distribución más justa y razonable de la propiedad: respuesta cristiana, el “distributismo”.

Chesterton respetaba sinceramente a su adversario: Shaw era irlandés, y en Irlanda las luchas cívicas giran, desde hace siglos, en torno de dos grandes y nobles ideales: el patriotismo y la religión, mientras en el resto de Europa, la politiquería y el dinero eran, a la sazón, sus ejes. Pese a todo lo que puedan sugerir las apariencias, detrás de una superficial capa de ligereza, la obra de Shaw es en ciertos aspectos, seria y combativa. Nada de frivolidad, nada de tolerancias. “Este hombre altivo, lúcido, desdeñoso, seco, serio, brillante, ingenioso”, esconde bajo su sonrisa una espada sin misericordia.

Chesterton fué el polo opuesto: bondadoso y comprensivo, su catolicismo le ha enseñado la gran lección de la caridad. Entiende la vida porque sabe aceptar sus contradicciones. Disculpa al pecador porque tiene esperanza. Y ahí está —paradojalmente— la fuente de su optimismo: el materialista no puede perdonar ni espera conversiones porque, según su credo, el pecador está fatalmente condenado a pecar. El cristiano concibe el perdón y espera porque, según su credo, el hombre tiene libertad de albedrío. Por ello se ha dicho que, de todos los inquisidores, el peor, el más implicable, es el determinista.

Las polémicas sociológicas entre estos dos adversarios tan sinceros como elocuentes, los duelos verbales entre estos humoristas de primer orden, no podían menos de atraer el interés del público. A veces, Hilaire Belloc oficiaba de árbitro y dirigía el debate; en cierta ocasión, lo inició con el siguiente e improvisado “poema”:

“Nuestra civilización
tiene por base el carbón.
Cantemos en rotación:
Nuestra civilización,
harapo de perdición
sin alma ni corazón,
nuestra civilización
tiene por base el carbón.”

La más famosa de estas polémicas tuvo lugar en 1927, en el salón llamado Kingsway Hall, y fué propalada por la British Broadcasting Corporation a todos los rincones del Imperio. Bernard Shaw había escrito cierto día a Chesterton: “Pierde usted su tiempo estableciendo una antítesis falsa entre distributismo y socialismo. La verdad es que el distributismo no es otra cosa que puro socialismo”. Sobre esta tesis giró el debate, y en tanto que Shaw no consiguió probar su aserto, su adversario conmovió con irrefutables argumentos históricos la teoría económica del socialismo. “Cuando todos decían: “Es un hermoso sueño, pero nunca llegará a hacerse realidad”, Chesterton demostró que todo aquello ya se había intentado antes, y que nada tuvo de hermoso.”

La originalidad de su posición está sintetizada en el siguiente párrafo de su obra “Fancies versus Fads”: “La sociedad moderna está en peligrosa y vertiginosa inestabilidad... porque lleva una doble vida, porque dentro de ella no hay relación entre teorías y realidades. Está íntegramente constituida por amos y servidores. La estructura económica de nuestra sociedad es de *subordinación*. Por otra parte, toda nuestra teoría política se basa en un modelo *igualitario*: la teoría política contradice el hecho práctico, que es mucho más fuerte que ella. No queda

sino una tercera probabilidad: crear un sistema económico que corresponda a la igualdad política postulada. No es fácil, pero vale la pena intentarlo.”

Tal es la esencia del distributismo cristiano, como alternativa del “estado servil” colectivista: asegurar la restauración de la independencia mediante la distribución de la propiedad. Por este ideal de auténtico humanismo y de catolicismo práctico Chesterton luchó y a él sacrificó tiempo, energías, dinero y sobre todo, talento, en el raudal de magníficos ensayos que fluían incesantemente de su mesa de trabajo. Ese fué el apostolado de su vida. Dios y el tiempo harán que la semilla arrojada por este gran sembrador fructifique en la vida de su patria y de la humanidad entera.